

## EN LA FIESTA DE SAN IGNACIO

Pedro Arrupe SJ  
Siete días antes de su enfermedad  
Manila, 31 de Julio de 1981

Celebrar con ustedes esta fiesta de San Ignacio, reunidos en torno al altar, conmemorando el cuarto centenario de la llegada de la Compañía de Jesús a Filipinas, es para mí una alegría y un privilegio. Es una circunstancia que debe hacernos también pensar y reflexionar, imitando aquella característica de Ignacio que le inducía, en toda situación, a “considerar y reflexionar” en la presencia del Señor para “mejor proceder y adelantar en el divino servicio”

Un primer sentimiento brota irreprimito en nuestros corazones: la gratitud, una profunda gratitud al Señor, “dador de todo bien” a cuya generosidad se deben las innumerables gracias con que, a pesar de nuestras deficiencias, ha bendecido a la Compañía y a sus obras apostólicas en esta Nación a lo largo de 400 años. Un himno a su generosidad y amor con acentos, también, de pesar de nuestras tibiezas, de renovada y sincera promesa de fidelidad a la misión que de él hemos recibido, de grato y fraternal recuerdo a las generaciones de jesuitas que nos han preocupado en estas tierras, aquí han trabajado, amado y muerto legándonos una gloriosa herencia que nos estimula y compromete... un himno así, digo, se alza hoy al unísono en nuestros corazones. ¡Bendito sea el Señor: a él el honor y la gloria!

Una conmemoración como la que hoy nos reúne debe evitar un peligro: reducirse a una nostálgica o triunfalista consideración del pasado. El pasado sólo alcanza su pleno sentido cuando proyecta su ejemplo estimulante hacia el futuro y, lejos de ser algo estático y petrificado, se convierte en dinámica inspiración. Nos sentimos radicados en el pasado, ciertamente, pero al mismo tiempo, tenemos la viva conciencia de estar inmersos en las exigencias de un mundo presente y responsables de la gestión de un futuro.

Punto de referencia constante de este pasado, presente y futuro es la figura de Ignacio de Loyola, modelo, guía y garante del quehacer apostólico de la Compañía en Filipinas.

Ignacio fue un hombre de contradicción: “Cuanto opten por seguir fielmente a Dios, unidos a Cristo, sufrirán persecuciones” (2 Tim 3, 12). El mismo Señor lo había predicho: Los perseguirán, harán lo posible por alejarlos, serán incomprendidos. Pero también dijo: “Felices de ustedes cuando los persigan por el hecho de serme fieles” (Mt 5, 11). Ignacio labró desde el principio su fidelidad al Señor entre procesos e incomprensiones. A lo largo de la historia, su figura ha concitado amor y aversión, admiración y repulsa. Sus ideales, su línea de pensamiento y de acción, han sido frecuentemente, deliberadamente, distorsionados y caricaturizados, falseados, calumniados, y al mismo tiempo, desde otros frentes, reconocido como un hombre providencial, un auténtico “enviado” de Dios para servir a la Iglesia.

Los seguidores de Ignacio han participado de esta herencia a lo largo de la historia: no hay crimen del que no se haya culpado ocasionalmente a la Compañía: regicidios, envenenamientos, ambición de poder, intriga, maquiavelismo. Al mismo tiempo, y por encima de humanos defectos, la hoja de servicios de la Compañía a la Iglesia en “defensa y propagación de la fe”, constituye, en apreciación de muchos, una brillante página de la historia de la misma Iglesia.

Este enfrentamiento de valoraciones pasa actualmente por un periodo de exacerbación. A partir de las Congregaciones Generales XXXI y XXXII se advierte, incluso, una significativa novedad: algunos de nuestros mejores amigos y bienhechores no acaban de comprender la motivación, significado y consecuencias de las opciones que la Compañía -en búsqueda de la “renovatio accommodata” que pide el Concilio- ha tomado en un profundo proceso interno de renovación y discernimiento. A los ojos de algunos, se ha producido un abandono de antiguas y gloriosas tradiciones y se está generando una desviación del ideal ignaciano. La idea de más difícil penetración es la inseparabilidad de la promoción de la justicia con la propagación de la fe, que nuestra Congregación General XXXII nos presenta como indisolublemente unidas. Puede producirse, como consecuencia, el doloroso cambio de actitud para con nosotros de algunos de nuestros amigos y bienhechores (cosa que la misma C. G. preveía). Unas veces se limitarán a marcar su distanciamiento; otras, -posiblemente y aun sin duda- por sincero amor y estima de la Compañía, pasarán a engrosar las filas de los opositores. No faltan casos de abierta hostilidad y aun de abierta persecución. Lo aceptamos como una aplicación del misterio de la cruz que forma parte de auténtico seguimiento de Cristo.

Pero yo me pregunto y les pregunto. Por grande que sea el dolor y decepción que estas actitudes nos producen, ¿no debería ser mucho más inquietante que -dadas las situaciones tan diversas en que la Compañía trabaja a lo largo y ancho del mundo, muchas de ellas profundamente marcadas por signos de injusticia y negación de los valores humanos y cristianos- no sería inquietante, repito, si nuestra lucha -“militancia” la llamaba San Ignacio- en servicio de la fe y promoción de la justicia no provocase acá o allá desconfianza e incluso hostilidad, y nos desdeñasen con el silencio o la indiferencia sin sentirse turbados por nuestra proclamación de valores y nuestra actividad? ¿No querría decir eso que la Compañía habría perdido “mordiente”, que había dejado de ser la fuerza de choque de la Iglesia o, para decirlo con palabras del Papa Pablo VI, que ya no seríamos esos jesuitas que están “donde quiera en la Iglesia, incluso en los campos más difíciles, y de primera línea, en los cruces de las ideologías, en las trincheras sociales, donde ha habido o hay confrontación entre las exigencias del hombre y el mensaje cristiano”? ¡Mal augurio para la Compañía la paz y la seguridad de los indolentes!

No se excluye que esa ambivalente valoración que ha perseguido a la Compañía en sus cuatro siglos y medio de historia haya tenido también su reflejo en Filipinas. Ustedes lo saben mejor que yo. Mi impresión es que también ustedes, como auténticos hijos de Ignacio, han tenido parte en la incomprensión que es parte de su herencia. Ignacio vio en las persecuciones y en la incomprensión una contraprueba necesaria que involuntariamente da el mundo de la legitimidad evangélica de la Compañía. Es que esa incompatibilidad con el mundo es parte de la herencia de Cristo. Está incluida en el testamento de su última cena: “Si el mundo los odia, sepan que a mí me ha odiado antes que a ustedes. Si fueran del mundo, el mundo amaría lo suyo. Pero, como no son del mundo, porque yo al elegirlos los he sacado del mundo, por eso los odia el mundo” (Jn 15, 18-19). Todo el que sigue a Jesús da por supuesto que sobre él puede caer la sombra de la Cruz. Pero, además, Ignacio hace profesión expresa -desde que en la Storta el Padre le “puso su hijo” que portaba la cruz- de seguir al Jesús pobre y humillado. Él, Ignacio, quiere seguir a Cristo en los puestos de avanzada y por tanto más difíciles. Quiere “señalarse”, es decir, no solamente hacer un servicio mayor, sino aceptar el ser “señalado”, convertirse en blanco del tiro de los enemigos de Cristo, si esa es la condición del servicio. Eso es algo inherente al servicio de descubierta, de frontera, de roturación de campos vírgenes -geográficos, ideológicos, culturales- como pide la vocación universal y el magis de la Compañía.

Ignacio fue suscitado por Dios. Como dice Nadal: “Cuando nuestro Señor quiere ayudar a su Iglesia, usa de este modo, suscitar un hombre dándole una especial gracia e influjo con que le sirva en modo particular” . Un fundador de esa talla es, ciertamente, portador de “un don particular” (LG 43), es una irrupción de Dios en la historia de la Iglesia, con una nueva forma de vida religiosa, casi como en el Antiguo Testamento lo eran los profetas en las situaciones del pueblo elegido. Esa forma personal de entender la llamada de Cristo y la respuesta es el carisma fundacional. Cristalizado en institución es la Compañía de Jesús. Nosotros vivimos de ese carisma. La intuición ignaciana da rumbo e impulso a nuestra vida. Vivirla es nuestra respuesta a la llamada a la santidad

De hecho, la nueva visión del evangelio que supone todo carisma lleva en sí los gérmenes de una denuncia profética contra carencias y actitudes de los hombres de su tiempo. Y el mantener actualizado y vigente ese carisma, conlleva también la predisposición a la denuncia ante las carencias y situaciones de pecado del futuro.

Ignacio percibió con clarividente realismo las necesidades de la Iglesia y la sociedad de su tiempo, y respondió a ellas de un modo nuevo, rompiendo los moldes consagrados cuando ello le pareció necesario con tan inspirada creatividad que aún hoy nos sorprende. Por las Constituciones el carisma fundacional se convierte en carisma institucional. La letra del texto legislativo no excluye “la ley de la caridad y amor que el Espíritu imprime en los corazones” (Const. 134). Las Constituciones son un texto abierto e inconcluso, que bajo la luz del Espíritu se completa a lo largo de la historia desarrollando sus latentes y fundamentales líneas de fuerza que provienen de los Ejercicios. Ese espíritu se plasmó, a nivel práctico, en formas muy concretas adaptadas a aquellos tiempos pasados. A lo largo de los siglos ha ido modificándose y adaptándose a las nuevas necesidades, dando así prueba de su vitalidad: no está muerto lo que crece, reacciona al medio y actúa conforme a las nuevas oportunidades. El mismo carisma, la misma preocupación de servicio eclesial se va aplicando a diversas circunstancias: continuidad histórica en la diversidad cultural y eclesial es precisamente la garantía de la legitimidad. Por eso hoy la Compañía, que vive circunstancias tan diversas de aquéllas, y tan fluctuantes, para conservar su “ignacianidad”, por fidelidad al carisma fundacional e institucional, ha debido cambiar tanto, conservando lo sustancial, que es inmutable. Quien no tiene en cuenta el dinamismo propio del carisma ignaciano y lo concibe como algo estático y cristalizado en formas fijas, creyendo así permanecer fiel, en realidad lo ignora, y, sin querer, le es infiel con una infidelidad tanto más peligrosa y corrosiva cuanto que reviste apariencias encomiables y es, en el fondo, letal. “El carisma ignaciano, al menos en su comprensión y aplicación, admite un desarrollo. Hay elementos en él que con el tiempo van adquiriendo un mayor relieve y profundidad, se van haciendo más explícitos”.

Hoy, tanto la Iglesia como la sociedad humana en su conjunto están en “crisis”. Pero “crisis” es un diagnóstico que admite varias interpretaciones. Una es radicalmente negativa e identifica “crisis” con tensión conflictiva, degradación, demolición. Para otros “crisis” es un momento positivo, un estado coyuntural de prueba que “no preludia la muerte, sino la gloria de Dios” (Jn 11, 4) porque los nuevos elementos, por el mero hecho de ser nuevos, aventajan en valor a los antiguos. Una tercera interpretación, por fin, da de la “crisis” una valoración más ponderada intermedia: se esfuerza en reconocer en los campos en conflicto cuanto hay de negativo como negativo, y cuanto hay de positivo como positivo y, combinando la poda y el injerto, se esfuerza en cercenar lo caduco y vitalizar con lo sano y vigoroso. La nueva planta, siendo la misma, entra en una nueva etapa de vida. Yo me apunto a esta interpretación y pido a Dios que la Compañía no malogre las inmensas oportunidades de esta crisis para un mayor servicio.

¿Cuál es, en concreto, ese mayor servicio que, según el carisma de Ignacio puede prestar hoy la Compañía a la Iglesia que está en Filipinas, a los hombres y mujeres de este pueblo? ¿Qué deducciones operativas pueden sacarse de la experiencia cuatro veces centenaria de la obra ignaciana en este país?

Una primera respuesta, a esta pregunta, en términos generales, es ésta: en Filipinas se dan las condiciones y las oportunidades para que cuanto la Compañía ha realizado de mejor, en sí misma y en su renovación, a partir de las Congregaciones Generales XXXI y XXXII, tenga profunda aplicación y lleve adelante la obra apostólica, verdaderamente gigantesca, de quince generaciones de jesuitas. De esas Congregaciones -que son la voz de la Compañía y, unidas al Romano Pontífice, los intérpretes válidos del carisma de Ignacio- han salido los criterios para la renovación a que estábamos obligados por decisión del Concilio Vaticano II. Es precisamente a la luz de los decretos de esas Congregaciones como hemos de descubrir dónde está el “mayor servicio”, también aquí, en Filipinas. Para no alargarme, cito únicamente un punto tan madurado y significativo como es la reformulación actualizada del fin de la Compañía “defensa y propagación de la fe”, en la “diakonía fidei et promotio iustitiae” que no tiene nada de reductivo, ni de desviacionismo, ni de disyuntivo, sino que es una formalización de elementos virtuales de la antigua formulación, con una más explícita referencia a las necesidades actuales de la Iglesia y de los hombres a cuyo servicio nos coloca nuestra vocación.

También la nación filipina como cualquier otro país está sujeta a tensiones de tipo político, económico, social, cultural y religioso, para las que se propugnan soluciones divergentes unas veces, contradictorias otras. No sabría decir si hay alguna entre esas tensiones en que no queden afectados los valores humanos y cristianos que la Iglesia debe tutelar y promover. Pero, ciertamente, en alguna de esas áreas son los valores humanos y cristianos lo que está primariamente en juego. Y en ellas la Iglesia -y la Compañía al servicio de la Iglesia- tiene una palabra que decir en voz alta, tan alta como sea necesario, y una acción que desarrollar.

Toda nación como tal, así como todo individuo, tiene una vocación, una misión. Lo mismo que a nivel personal cada individuo debe interrogarse acerca de cuál es su misión, así también, colectivamente, podemos y debemos preguntarnos: cuál es la misión, la vocación, de la Nación Filipina en el mundo, qué papel está llamada a desempeñar en la familia humana. Según yo pienso y siento, la misión de fondo de la Compañía en Filipinas es precisamente ayudar a encontrar respuesta a esta pregunta. Nosotros, jesuitas, tenemos a mano preciosos instrumentos de sondeo para descubrir la respuesta acertada: el hábito de proceder a toda gran elección con un desinterés supremo “solamente mirando y atendiendo al fin que soy creado” (EE 169). La liberación de todo compromiso, de todo respeto humano, de todo temor humano, que nos confieren nuestros votos religiosos y nuestra consagración al servicio, nos hacen menos ineptos para prestar esta colaboración. Estando habitualmente unidos con el Señor, siendo constantes en el discernimiento espiritual y apostólico, unidos estrechamente con la Santa Iglesia Jerárquica, “arraigados y cimentados en la caridad” que nos lleva al total servicio del pueblo de Dios, la Compañía de Jesús que está en Filipinas cumplirá su misión de ayudar al pueblo filipino a encontrar y realizar su misión.

Un segundo instrumento ignaciano a nuestra disposición que nos ayudará en esta tarea son las normas de selección de ministerios: ustedes deben aplicarlas y discernir qué parcela de esta “viña tan espaciosa de Cristo nuestro Señor” tiene más necesidad, dónde es mayor “la miseria y enfermedad” de los que viven en ella, dónde “se fructificará más”, dónde “es mayor la disposición y facilidad de la gente para aprovecharse”, dónde hay “mayor obligación o deuda de la Compañía”, dónde el bien “será más universal, y por tanto más divino”, dónde “el enemigo de Cristo nuestro Señor ha sembrado más

cizaña”, dónde “en servicio de Dios nuestro Señor hay cosas más urgentes, y otras que menos urgen”, dónde “hay cosas que especialmente incumben a la Compañía o se ve que no hay otros que en ellas entiendan”, dónde “hay cosas más seguras y otras más peligrosas”, dónde hay cosas que se pueden hacer “fácil y brevemente, y otras más difíciles y que necesitan más largo tiempo”, dónde hay “ocupaciones de más universal bien y que se extienden a la ayuda de más próximos, y otras particulares”, dónde hay “obras más durables y que siempre han de aprovechar y otras menos durables que pocas veces y por poco tiempo ayudan” (Cons. 620-623). Todos éstos son parámetros ignacianos que deben ayudarlos a encuadrar sus opciones de servicio a la Iglesia y pueblo de Filipinas a la luz del Espíritu, para que este país encuentre y realice su misión en la historia.

Personalmente, considerando las circunstancias concretas de su historia y su situación en el área mundial, estimo que la misión de Filipinas es la de ser “faro de la fe en Oriente”. Filipinas tiene el privilegio de poseer un riquísima y diversificada herencia cultural: las culturas nativas, la aportación occidental de España y Estados Unidos, los elementos asiáticos, chinos, japoneses, indonesios, la presencia islámica. La fe en Filipinas tiene que encarnarse, inculturarse en ese medio riquísimo, vitalizar sin destruirlos todos los valores de ese patrimonio espiritual y cultural y, también, dejarse vitalizar y expresar por ellos. “Nobleza obliga”. Filipinas, el único país de mayoría católica del Oriente, un país cuya Iglesia es más antigua que la de numerosos países en otros continentes, está obligada a dar testimonio de cómo sabe descubrir y asimilar los “semina verbi” latentes en toda experiencia humana y de cómo la fe perfecciona al hombre. Filipinas, que tanto ha recibido en el casi medio milenio de su historia, ha contraído, por ese mismo hecho, el compromiso de dar un testimonio válido de Cristo como salvador de la humanidad.

Tal vez alguno pensará que esto más que una misión es una utopía. Así es, si lo contemplamos con mirada humana y lo acometemos con medios humanos. Pero Ignacio nos enseña a “mirar arriba” de donde nos viene la fuerza, donde habita el Rey de Reyes y señor de los que dominan (1 Tim 6, 15, Ps 122). Elevando hacia él nuestros ojos, como Ignacio, con “humildad amorosa” (Diario Espiritual, 30 de marzo de 1544, n.º 178) comprenderemos que es una misión posible, que el Señor está con nosotros para realizarla.

Apenas dos meses después de que en la mañana del 16 de marzo de 1521 tres galeones españoles arribasen por primera vez a estas orillas, Ignacio caía providencialmente herido en Pamplona. Veinticinco años después de su muerte, en 1581 la acción evangelizadora de la Compañía llega a este país. Han pasado cuatrocientos años. Cuatro siglos de esfuerzos, en que no ha faltado la sangre de los mártires. Y hoy, una floreciente Provincia comprometida radicalmente a proseguir la tarea. En esta fiesta de San Ignacio yo invoco su intercesión ante nuestro Sumo y Eterno Señor. Que nuestro Santo Padre los bendiga y les conceda esforzarse denodadamente a su ejemplo y con su auxilio. Ignacio no tuvo posiblemente una idea concreta de las inmensas oportunidades apostólicas que se abrían en el lejano Oriente a medida que iba siendo conocido. Pero su intuición le permitió calibrar su importancia desde el principio. Y del puñado de hombres de que disponía, no dudó en enviar muchos y buenos -Javier entre ellos- a las tierras por donde nace el sol, con tan grande esperanza de fruto espiritual y de crecimiento de la orden recientemente fundada, que decía que Alemania y las Indias eran las dos alas de la Compañía.

Al Señor, que va a hacerse presente con nosotros en este altar, ofrecemos las alegrías, trabajos y penas de estos cuatrocientos años de presencia de la Compañía en Filipinas, y le pedimos la gracia de ser incorporados con él en el misterio pascual de su cruz y su resurrección.